



Manuel José Quintana

# Pelayo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Manuel José Quintana**

# **Pelayo**

PERSONAJES:

PELAYO

HORMESINDA: su hermana.

VEREMUNDO: deudo de los dos.

LEANDRO: hijo de Veremundo.

ALFONSO: duque de Cantabria.

ALVIDA: confidenta de Hormesinda.

MUNUZA: gobernador moro de Gijón.

AUDALLA

ISMAEL

Nobles asturianos.

Guerreros moros.

La escena es en Gijón.

Acto primero

La escena representará un salón de la casa de VEREMUNDO, adornado de varios trofeos de armas.

Escena I

VEREMUNDO y ALFONSO.

ALFONSO Sí, respetable Veremundo; hoy mismo de las murallas de Gijón me ausento, donde tanta flaqueza y tanto oprobio

mis indignados ojos están viendo.  
El moro triunfa, los cristianos doblan 5  
a la dura cadena el dócil cuello,  
sin que uno solo a murmurar se atreva  
de opresión tan odiosa. No: aunque en medio  
de esta vil muchedumbre apareciese  
del gran Pelayo el animoso aliento; 10  
en vano a libertad los llamaría,  
ya nadie le entendera.

VEREMUNDO Él en el seno  
de la etérea mansión goza sin duda  
la palma que a los mártires da el Cielo  
en premio a su virtud. Fiero, incansable, 15  
los llanos de la Bética le vieron  
casi arrancar él solo la victoria,  
que vendió la perfidia al agareno.  
Él atajó el raudal a la fortuna  
del soberbio Tarif, cuando en Toledo 20  
del victorioso ejército sostuvo  
la terrible pujanza un año entero.  
De igual valor fue Mérida testigo;  
hasta que puesta su cabeza a precio  
por el infame Muza; y escondido 25  
desde entonces su nombre en el silencio,  
ni de él ni de Leandro el hijo mío  
la fama volvió a hablar.

ALFONSO ¡Dichosos ellos,  
que así acabaron de sufrir! Sus ojos  
ya sepultados en eterno sueño 30  
no verán el escándalo, la afrenta  
de su sangre, el sacrílego himeneo  
que hoy se va a celebrar. ¡Oh, Veremundo!  
Perdona esta vehemencia a mi despecho;  
ser Hormesinda esposa de Munuza, 35  
triste es oírlo, y afrentoso el verlo.

VEREMUNDO Mal pudieran las débiles mujeres  
resistir al halago lisonjero  
del moro vencedor, cuando sus armas  
domaron ya los varoniles pechos. 40  
Mira a la hermosa viuda de Rodrigo  
ganar desde su triste cautiverio  
el corazón del joven Abdalasis,  
y ser su esposa, y ocupar su lecho.  
Mira a Eudon de Aquitania dar su hija 45  
a un árabe también; y hacerla precio  
de una paz...

ALFONSO ¿Y la hermana de Pelayo

debió seguir tan execrable ejemplo?

¿Excederle debió?

VEREMUNDO Yo deudo suyo,  
que la eduqué, la amé cual padre tierno, 50  
disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

ALFONSO ¿Cabe disculpa en semejante yerro?

VEREMUNDO Sí, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras  
el bárbaro y terrible juramento

que hizo Munuza? ¿Ignoras que asolada 55

Gijón hubiera sido en escarmiento

de su noble defensa, si Hormesinda

no la hubiera salvado con sus ruegos?

Si nuestra servidumbre es más suave,

si aún ves de pie nuestros sagrados templos; 60

los cristianos, Alfonso, a su hermosura,

a ese amor que te indigna lo debemos.

ALFONSO ¡Abominable amor!, ¡unión impía!,

que Dios va a castigar; y ya estoy viendo

a esa desventurada, a quien seducen 65

los engaños del moro, ser muy presto

objeto miserable de sus iras.

¿Ignoras tú su condición? Violento,

implacable y feroz, si es generoso

en la prosperidad, lo es por desprecio, 70

por arrogancia. Las inquietas ondas

que baten las murallas de este pueblo,

no son más de temer en su inconstancia

que su alma impetuosa.

VEREMUNDO Hasta este tiempo,

Gijón sólo conoce su clemencia. 75

ALFONSO Ella se acabará, que no está lejos,

¡y plegue al Cielo que me engañe!, el día

en que soltado a su insolencia el freno,

del tirano engañoso que ahora alabas

la rabia al fin confesarás gimiendo. 80

Yo tiemblo su frenética arrogancia;

y esta llegada repentina tiemblo

del fiero Audalla, Audalla conocido

por su celo fanático y sangriento.

Adiós; a darme asilo las montañas 85

bastarán de Cantabria, cuyos senos

ofrecen a la sed del africano,

en vez de oro y placer, virtud y hierro.

Ellas me esconderán... Mas Hormesinda...

Escena II

HORMESINDA (aparece en el fondo del teatro en ademán abatido y temeroso, y se detiene allí) y DICHOS.

HORMESINDA ¿Qué le diré, infeliz? A andar no acierto, 90  
y mis rodillas trémulas se niegan  
a sostenerme.

VEREMUNDO Acércate.

HORMESINDA No puedo

señor; que el corazón a vuestros ojos  
siente aumentar su tímido recelo.

VEREMUNDO ¿Dudas ya de mi amor, bella Hormesinda? 95

HORMESINDA ¡Dudar yo! No señor, en ningún tiempo. (Adelantándose hacia él.)

A vos mi infancia encomendó mi hermano  
cuando acudiendo de la patria al riesgo,  
voló precipitado al mediodía

a probar en los árabes su acero. 100

Huérfana y sola, planta abandonada  
en temporal tan recio y tan deshecho,

sola la protección de vuestro asilo  
pudo abrigarme del rigor del viento.

En vos hallé mi padre, en vos mi hermano: 105

¡que no pueda mi amor satisfaceros  
tanta solicitud, tantos afanes!

Pero impotente el corazón a hacerlo,  
su inmensa deuda agradecido aclama,  
y para el pago la remite al Cielo. 110

Él, dignamente os recompense: en tanto...,  
perdonad el rubor, el triste miedo

que me acobarda..., en tanto vuestros brazos  
dad a una desdichada, que al momento

va a dejar este asilo de inocencia 115

donde sus años débiles crecieron;

y sobre ella implorad una ventura  
que su dudoso y angustiado pecho  
no se atreve a esperar.

VEREMUNDO ¡Ah! Si bastasen

mis ruegos a alcanzarla, ni otro premio, 120

ni otra fortuna al Cielo pediría  
este infeliz y lastimado viejo.

¡Pero, hija mía!... (Asiéndola afectuosamente de la mano.)

HORMESINDA ¡Ay!, no: que las palabras

salgan de vuestra boca en son tremendo:

llamadme ingrata, pérfida; llamadme 125

infiel a la virtud, sorda al consejo,

¿qué me podréis decir que yo a mí misma

con dureza mayor no esté diciendo?  
Sabed, que aqueste cáliz de dulzura  
tras el que anhela el corazón sediento, 130  
a fuerza de amarguras y martirios,  
está ya en mi interior vuelto en veneno.  
Sabed...

ALFONSO                      Si eso es así ¿por qué un instante  
no levantáis, señora, el pensamiento  
a ser quien sois? La religión sagrada, 135  
la sangre que os anima el gran sendero  
de la virtud os mostrarán seguras,  
y para andarle os prestarán esfuerzo.  
Mostraos hermana de Pelayo: y antes  
de ver que sois escándalo a los vuestros, 140  
ludibrio de los bárbaros infieles,  
esposa de un tirano...

HORMESINDA                                      Deteneos;  
que si temí las quejas del cariño,  
a la voz del insulto me rebelo.  
¿Por qué, si soy escándalo a los míos, 145  
si tan injustos me condenan ellos;  
por qué a la seducción, a los halagos  
del moro vencedor no me escondieron?  
Cuando el furor y la venganza ardían,  
cuando ya el hambre y el violento fuego 150  
prestos a devorarnos amagaban;  
era justo, era honroso en aquel tiempo  
que yo a los pies del árabe irritado,  
fuese a ablandar su corazón de acero.  
Y voy, y mis plegarias el camino 155  
hallan de la piedad, y alza contento  
este pueblo su frente, y sacudida  
de él la muerte espantosa huye rugiendo.  
Todos, señor, entonces me aclamaban;  
todos: y en tanto que al enorme peso 160  
de sus cadenas agobiada España  
mira asolados sin piedad sus templos,  
hollados con furor sus moradores,  
violadas sus mujeres, en el seno  
de la paz más feliz Gijón descansa. 165  
¡Tirano le llamáis s y él en sosiego  
nos deja respirar, cuando podría  
con sola una mirada estremecernos!  
¡Es un tirano, y amoroso aspira  
a llamarse mi esposo!... ¡Ah!, no lo niego, 170  
inexorables godos, a su halago,  
a su tierna afición, a su respeto

mi corazón rendí; vuestra es la culpa,  
y el fruto ¡hombres ingratos!, también vuestro.

### Escena III

ALVIDA y DICHOS.

ALVIDA (A HORMESINDA) Llegó el momento: el séquito está pronto 175  
que debe acompañarte al himeneo:

Munusa espera a su adorada amante,  
anunciando su gozo y sus deseos  
con su esplendor hermoso las antorchas,  
la música festiva en sus acentos. 180

HORMESINDA Esto es hecho, ¡gran Dios!

ALFONSO Seguid, señora,

por donde os lleva tan culpable fuego,  
¿qué tenéis que temer? Las luminarias  
que han de solemnizar vuestro contento,  
solemnicen también y hagan patentes 185  
de vuestro hermano y patria el fin funesto.

Mi lengua, Veremundo, poco usada  
de la lisonja a los infames ecos,  
deja este parabién a los amantes. Vase.

HORMESINDA ¡Qué horrible parabién!... Mas ya no hay medio 190

de volver el pie atrás: que mi destino  
más fiero y más cruel cada momento  
tras sí me arrastra; y sin poder valerme  
a su imperiosa voluntad me entrego.

Adiós, señor: ¡adiós! (le besa afectuosamente la mano, y se retira con precipitación:

ALVIDA la sigue)

### Escena IV

VEREMUNDO ¡Mísero anciano! 195

Ya ¿qué te resta? El lúgubre silencio,  
la amarga soledad que te rodean,  
fieles te anuncian tu postrer momento...  
¡Y cuán acerbo!... ¡Oh suerte!, ¿a qué guardarme  
para tal desamparo?

### Escena V

PELAYO, LEANDRO (entran por donde salió ALFONSO. LEANDRO se presenta y empieza a habla antes de verse PELAYO) y DICHO.

LEANDRO Amigo, entremos: 200

nadie nos sigue; la fortuna misma  
nos ha guiado hasta el solar paterno.

VEREMUNDO ¿Qué voz es la que escucho? ¿Mis sentidos  
me engañan? Mas no hay duda: ellos son, ellos. (Corriendo a abrazarlos.)

¡Oh Providencia eterna!, yo te adoro. 205

¡Hijo!

LEANDRO ¡Padre!

PELAYO ¡Señor!

¿Es cierto?;

¿es cierto que vivís? ¡Ah!, ¡que aún se niega  
a tal ventura incrédulo mi afecto,  
y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,  
decid, cómo vencisteis tantos riesgos, 210  
que la desgracia y el rencor del moro  
amontonaron ya para perderos?

El silencio, el olvido en que os hundisteis  
eran señal de vuestro fin sangriento  
para toda la España que afligida 215  
cifró en vosotros su postrer consuelo.

PELAYO ¡Ah!, si bastantes a salvarla fuesen

la constancia, el ardor, el noble celo;  
firme aún se viera, Veremundo, y dando  
envidia con su gloria al universo. 220

Nuestras fatigas, el valor ilustre  
de los que el nombre godó sostuvieron  
pudiera ya colmar el precipicio  
en donde derrocada está gimiendo.

Mas vano ha sido nuestro afán, y en vano 225  
por el nombre de Dios lidiado habemos,

Él retiró su omnipotente escudo,  
y coronar no quiso nuestro aliento.

Vednos pues en los términos de España  
prófugos, solos, deplorable resto 230

de los pocos valientes que mostraron  
a toda prueba el generoso pecho.

La guerra en su furor devoró a todos.

Yo los vi perecer... ¡Oh compañeros!,  
que en el seno de Dios ya descansando 235

de vuestro alto valor gozáis el premio;

mis votos recibid y mi esperanza;

vengue yo vuestra muerte, y muera luego.

VEREMUNDO ¡Admirable constancia! Mas, Pelayo,



¿de qué nos sirve contrastar al Cielo? 240

Cuando a nuestros intentos la fortuna  
les niega su laurel en el suceso;  
ceder es fuerza, inútil es el brío,  
pernicioso el tesón. Si estando entero  
contra el fiero rigor de esta avenida 245

no pudo sostenerse nuestro imperio;  
¿te sostendrás tú solo? ¿A quién consagras  
tan heroico valor, tanto denuedo?

No hay ya España, no hay patria.

PELAYO

¡No hay ya patria!

¡Y vos me lo decís!... Sin duda el hielo 250  
de la vejez que tímida os agobia

inspira esos humildes sentimientos,  
y os hace hablar cual hablan los cobardes.

¡No hay patria! Para aquellos que el sosiego  
compran con servidumbre y con oprobios; 255

para los que en su infame abatimiento  
más vilmente a los árabes la venden,  
que los que en Guadalere se rindieron.

¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva  
todo buen español dentro en su pecho? 260

Ella en el mío sin cesar respira:

la augusta religión de mis abuelos,  
sus costumbres, su hablar, sus santas leyes  
tienen aquí un altar que en ningún tiempo  
profanado será.

VEREMUNDO

Tu celo ardiente 265

te fascina, Pelayo: ¿en quién tu esfuerzo  
puede ya confiar? Quien pierde a España  
no es el valor del moro, es el exceso  
de la degradación: los fuertes yacen,  
un profundo temor hiela a los buenos, 270  
los traidores, los débiles se venden,  
y alzan sólo su frente los perversos.

PELAYO ¿Y porque estén envilecidos todos,

viles todos serán? Yo no lo creo:

mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan 275

a que dé alguno el generoso ejemplo,

y el estandarte patrio levantado  
despierte a todos de tan torpe sueño.

Yo vengo a levantarle: aquestos montes

serán mis baluartes, a su centro 280

volarán los valientes, y el estado

quizá recobre su vigor primero.

Entremos pues: que mi Hormesinda abrace

a su hermano, señor; y que tendiendo

la noche el manto lóbrego, a seguirme 285

se prepare.

VEREMUNDO ¡Buen Dios! Llegó el momento

Desgraciado y terrible.

PELAYO ¡Desgraciado!

¡El instante feliz que ansió mi anhelo

de abrazar a mi hermana!

VEREMUNDO ¡Ay triste! Calla,

ese nombre en tu boca es un veneno. 290

PELAYO ¿Por qué?, decid: ¿por qué?, ¿vive?

VEREMUNDO Sí, vive:

pero su muerte te afligiera menos.

PELAYO ¡Qué misterio!, acabad: ¿infiel?

VEREMUNDO Tu hermana

atajó los estragos de este pueblo.

PELAYO Seguid.

VEREMUNDO Tu hermana a los feroces ojos 295

del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo

de todos los cristianos que la imploran...

Ella hace nuestros grillos más ligeros...

Nada resiste al vencedor... Munuza

rendido, enamorado, al himeneo 300

de Hormesinda aspiró, y ella vencida...

PELAYO Por piedad no acabéis... ¿Estos los premios

son que a tanto afanar, tantos servicios

el Cielo reservaba? El vilipendio,

la mengua, las afrentas, ¡oh Leandro! 305

¿Por qué al rigor del musulmán acero

a par de tantos héroes no caímos

allá en los campos de Jerez sangrientos?

LEANDRO Repórtate, Pelayo: a este infortunio

opón tu alta constancia, opón tu esfuerzo; 310

en ti la patria su esperanza fía;

no desmayes, aleja el pensamiento

de esa flaca mujer: para ti es muerta.

PELAYO ¡Muerta!, ¡pluguiese a Dios! ¿Por qué sabiendo (A VEREMUNDO.)

tal abominación, al mismo instante 315

un agudo puñal no abrió su pecho?

Ella con su inocencia moriría,

yo no viviera con borrón tan feo.

VEREMUNDO A apoyar su virtud ya vacilante

siempre acudió mi paternal consejo; 320

La violencia jamás.

PELAYO ¡Costumbre impía!

¡Tiránica opinión! ¡Injusto fuero!

¡Las mujeres sucumben, y en nosotros

carga el torpe baldón de sus excesos!



a mis plantas caer!

ALVIDA Señor, mitiga

tu enojo; ya en sí vuelve.

HORMESINDA (Volviendo poco a poco.) ¿En dónde, ¡oh cielos!,  
en dónde estoy?

ALVIDA Recóbrate, Hormesinda, 10

mis brazos te sostienen, a tu lado

a tu esposo contempla.

MUNUZA Ella le irrita

con esa turbación.

HORMESINDA Querido amante,

piedad de esta infeliz: ¿por qué afligirla

también los ecos de tu labio airado, 15

y esas miradas de furor conspiran?

MUNUZA ¿Cuál es pues, dime, la funesta causa

de aquesta agitación tan repentina,

de ese pavor horrible que en tu frente

y en tus ojos atónitos se pinta? 20

HORMESINDA El Cielo ve la pena, los temores

que mi interior ahora martirizan,

y ve también a mi amorosa llama

explayarse por él siempre más viva.

Sed contento, señor, vos ya vencisteis, 25

el triunfo es vuestro, la vergüenza es mía.

¡Ah!, ¿qué dirán ahora los cristianos (a ALVIDA)

de esta mujer desventurada?

MUNUZA Olvida

sus inútiles quejas; ellos deben

a ti humillarse.

HORMESINDA ¡Oh cuál me atemoriza 30

el parabién aquel!... ¿En dónde queda

el venerable anciano que solía

con su amor y consejos ampararme?

Todo me abandonó: tú sola, Alvida,

tú sola no desdeñas mi fortuna. 35

ALVIDA Eterno mi cariño, dulce amiga,

siempre te seguiré.

HORMESINDA De estas ideas

tiranizada ya mi fantasía,

trémula y vacilante a vuestro alcázar

a juraros mi fe fui conducida. 40

Jurada está, señor, no me arrepiento:

soy vuestra, y lo seré..., cuando salían

las fatales palabras de mi boca,

y el acto solemnísimo cumplían,

me pareció que alzándose Pelayo 45

en medio de los dos, y ardiendo en ira,

«¿qué te hicieron, oh pérfida, los tuyos  
para así abandonarlos?», me decía.  
Tiembra entonces el suelo, ante mis ojos  
la luz de las antorchas se amortigua; 50  
baña el sudor mi frente, el pie me falta,  
y opresa del afán caigo sin vida.

¡Oh deliquio cruel!

MUNUZA    ¡Oh ilusión vana  
que todo mi placer vuelve en acíbar!

¿Ha de romper Pelayo a perseguirte 55  
la noche eterna de la tumba fría  
que ya le esconde?

HORMESINDA    Y si viviese acaso;

¡ah, ¡cuál entonces su dolor sería  
desdichada de mí!

MUNUZA    Lanza esas sombras  
que tu tímido espíritu atosigan: 60  
serénate ya en fin. ¿Es tan penoso  
coronar el amor, labrar la dicha  
de un amante querido?

HORMESINDA    ¡Ay!, no..., Pelayo,

ya en el Cielo ante Dios dichoso asistas  
gozando el premio a tu valor debido, 65  
ya proscrito en la tierra, y triste aún gimas;  
oye la voz de tu angustiada hermana,  
perdónala. Tu esfuerzo y osadía  
a defender la patria no bastaron;  
sufrir que yo la alivie en su desdicha, 70  
que yo la madre y protectora sea  
de los vencidos que en su amor confían.

Él lo quiere... ¿No es cierto? ¡Ah!, yo me entrego (Mirando tiernamente a MUNUZA.)

Al afecto imperioso que me guía,  
querido amante: mas consiente ahora, 75  
que sola un breve tiempo y recogida  
tu esposa pueda contemplar su suerte,  
acallar los temores que la agitan,  
y llenar sólo su tranquilo pecho  
del tierno y dulce amor que tú la inspiras. (Se apoya en ALVIDA, y se retiran las dos.) 80

Escena II

MUNUZA, y AUDALLA.

MUNUZA ¿Es temor, es desdén?, ¿qué es esto, Audalla?  
¿Pude esperar en semejante día

tal confusión?

AUDALLA El sucesor augusto  
del sublime profeta acá me envía,  
no a arreglar tus querellas con tu esclava, 85  
sino a que España nuestros ritos siga  
de grado o fuerza. Nunca los caprichos  
del amor entendí, ni las caricias  
del sexo engañoso rendir pudieron  
un momento jamás el alma mía. 90  
Cercado siempre de armas y soldados,  
entregado a las bélicas fatigas  
sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,  
nunca servir. Que nuestra ley divina  
por siempre triunfe, y que ante el gran Profeta 95  
el universo incline su rodilla;  
tales son mi ambición y mis deseos.  
¿Qué valen con la gloria las delicias?  
Por esto es siempre vencedor mi brazo,  
y tú tiembla, Munuza, que esa indigna 100  
pasión al fin te pierda; y que los Cielos  
castiguen el amor que te domina,  
arrancando a tus armas la victoria.

MUNUZA Debieron ver tus ojos a Hormesinda  
cuando anegada en llanto y desolada 105  
por la primera vez ante mi vista  
se presentó: su tímida hermosura,  
su ademán, sus palabras compasivas  
llenas de angustia y de dolor, no sólo  
las entrañas de un hombre ablandarían; 110  
mas rindieran también a las serpientes,  
que aborta en sus desiertos nuestra Libia.  
Yo la escuché, y venció: Gijón es libre  
del furor de la guerra y la conquista.

AUDALLA ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza 115  
llegue a causar tu irremediable ruina?  
¡Ay del que es opresor si abre el oído  
a la piedad, y si imprudente olvida  
que ante él deben marchar la servidumbre,  
la amenaza, el terror! Si así no humillas 120  
esta fiera nación que a nuestras plantas  
yace más espantada que vencida,  
teme tu perdición. Goza en buen hora  
del amoroso halago y las caricias  
de esa cristiana; los demás perezcan, 125  
o en vergonzosa esclavitud nos sirvan,  
mientras no abracen nuestra ley: Munuza,  
así lo manda nuestro gran Califa.

¿Osarás resistir?, ¿olvidar puedes  
que al partir de Damasco, esa cuchilla 130  
para extender la ley puso en tus manos?  
MUNUZA ¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?  
¿Contra unos miserables que rendidos  
ante mis ojos con pavor se inclinan?  
Mi arrogancia desdeña a los humildes. 135  
AUDALLA Ellos tal vez castigarán un día  
bondad tan temeraria.

MUNUZA    Aún soy Munuza (después de una pausa):  
pendiente de mis hombros todavía  
se ve la formidable cimitarra,  
que huérfanas dejó tantas familias. 140  
Tiemblan de mí despiertos; se estremecen,  
si su atemorizada fantasía  
mi aterradora faz les pinta en sueños.

#### Escena III

ISMAEL y DICHOS.

ISMAEL Dos cristianos, señor, vuestra vista,  
pretenden parecer; es uno de ellos 145  
aquel anciano, el deudo de Hormesinda,  
el otro un joven que dolor y enojo  
en su semblante intrépido respira.

MUNUZA Entren al punto. (Se va ISMAEL.)

AUDALLA    Acuérdate, Munuza,  
que la ley soberana del Califa 150  
se habrá de promulgar, que los Emires  
te aguardan a este fin.

MUNUZA    Basta. (Sale AUDALLA.)

#### Escena IV

PELAYO, VEREMUNDO y MUNUZA.

MUNUZA    ¿Qué os guía,  
decid, a mi presencia?

VEREMUNDO                                      Una ventura  
para la gente mora, una desdicha  
para el pueblo español: murió Pelayo: 155  
testigo de su suerte la confirma

este guerrero, y a Hormesinda trae  
la fúnebre y amarga despedida  
de su hermano infeliz.

MUNUZA Quizá esta nueva (aparte),

los temores ahuyente que la hostigan. 160

¿Conque murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,  
en la fortuna nuestra ley escrita?

El Cielo la consagra con victorias,  
y os abandona: ¿en qué os paráis? Seguidla.

PELAYO Yo me engañe, cuando al saber tu fama, 165

generoso, oh Munuza, te creía:

la muerte de un contrario valeroso  
solamente el que es vil la solemniza.

MUNUZA ¿Y quién eres tú, di, que tan osado?...

PELAYO Sabe, moro, que alienta todavía 170

Pelayo en mí...

VEREMUNDO (Interrumpiéndole.) Señor, disculpa sea

de tal temeridad su aflicción misma.

En Pelayo su gloria y su esperanza  
los españoles míseros ponían.

Ya pereció: las lágrimas que damos 175

al esquivo rigor de su desdicha

no te ofendan, Munuza.

MUNUZA Yo a Pelayo

ni amé, ni aborrecí: mas su porfía,

su temeraria obstinación pudiera

sernos fatal: así cuando nos libra 180

Alá de su furor, gracias le rindo

de que a este imperio tan benigno asista.

¡Cristianos, sois perdidos!

PELAYO No te fíes

en tu prosperidad: Dios pudo un día

separar su favor de aqueste pueblo, 185

y abandonarle a su terrible ira.

De los grados contempla el poderío.

La suerte en un momento le derriba:

la suerte puede hacer que en un momento

caiga también vuestra soberbia altiva. 190

¿Quién sabe, si aplacado con nosotros

ya el Cielo un brazo vengador anima

que ataje vuestra próspera bonanza?

MUNUZA ¿Será el tuyo tal vez?... Mas Hormesinda

va a parecer delante de vosotros. 195

Tú, imprudente, refrena esa osadía,

usa un lenguaje y ademán conformes

a tu fortuna humilde y abatida;

y no al león irrites que te escucha,





a quien antes de verse en tal momento,  
la negra muerte aniquilar debía.  
No imploro tu piedad, no la merezco,  
ni cabe en el honor que en ti respira. 230  
Pero permite que tu hermana ahora  
con lágrimas rescate de alegría  
las lágrimas que un tiempo dio a tu muerte  
en luto acerbo, y en dolor vertidas.  
Sufre que al gozo me abandone... (Hace ademán de acercarse a él.) 235

PELAYO Aparta:

¿mi hermana tú? Jamás. Quien aquí habita,  
quien se complace en la estación odiosa  
de la superstición y tiranía  
no puede ser mi sangre. En otro tiempo  
tuve una hermana yo que era delicia 240  
de Pelayo y de España: virtuosa,  
inocente y leal, siempre fue digna  
de todo mi cariño y mis cuidados,  
que con mi patria la infeliz partía.  
El Cielo encarnizado en perseguirme 245  
me la robó: la que mis ojos miran  
es una infame apóstata, que ahora  
mi vista indignamente escandaliza.  
Ella insulta a los males de la patria,  
ella desprecia las desgracias mías, 250  
ella en fin me aborrece.

HORMESINDA

¡Y qué! ¿No basta

ya mi pasión para encender tus iras,  
sin que también destierres de mi seno  
a la naturaleza, que en él grita  
con más fuerza que nunca?

PELAYO

¿Y no gritaba, 255

cuando ese vil amor que te perdía  
te atreviste a escuchar, y te entregaste  
al árabe falaz que te esclaviza?  
¿No pensabas en mí? ¿No contemplabas  
que era clavar en las entrañas mías 260  
un acero mortal, y atar la patria  
al yugo atroz del musulmán tú misma?

HORMESINDA ¿Qué peso puede hacer en la balanza

que los reinos levanta o los inclina  
de una flaca mujer la resistencia? 265  
Pelayo; ¡oh cuánta compasión tendrías  
de esta desventurada, en quien ahora  
tu enojo todo sin piedad fulminas,  
¡si vieras mi amargura y mis combates!  
Yo pudiera decirte...

PELAYO

¿Y qué dirías? 270

Que este amor a la patria que te enciende  
es la sola ocasión de mi desdicha.

Yo inocente viví: nunca en mi pecho  
la llama del amor se vio encendida;  
en todas tus fatigas y peligros 275  
mi llanto y mi memoria te seguían.

Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba  
a verme sepultada en sus cenizas,  
a que me arrebatase en su violencia  
el torrente veloz de la conquista; 280  
cuando Gijón amenazada..., el Cielo...

Perdona..., el Cielo mismo mi caída  
consiente. Opresa España, los cristianos  
mi favor implorando, y cada día  
de ese moro tan bárbaro a tus ojos 285  
la generosidad siempre más viva;  
los ejemplos, tu muerte... ¡Oh cuántas veces  
dije, Pelayo, a defender camina  
tu amada hermana en tan tremenda lucha!

Y Pelayo implorado no venía: 290  
y la triste Hormesinda abandonada  
del Cielo y de la tierra...

PELAYO

¡Y qué! Por dicha

aunque tu hermano perecido hubiera,  
la gloria de su nombre no vivía?  
¿No reflejaba en ti?, ¿tú no debiste 295  
defenderla, guardarla sin mancilla,  
y antes morir, que recibir los dones  
con que el moro doró nuestra ignominia?

Yo vi, yo vi la patria desplomarse  
del Guadalete en la funesta orilla, 300  
y sin perder aliento a sostenerla  
el hombro puse y la constancia mía.  
Tres años siempre combatiendo; España  
de mi sangre y sudor toda teñida,  
el rencor de los árabes, al mundo 305  
mi celo y mi fervor publicarían.

Todo es ya por demás: ¿qué soy ahora?  
Un vil aliado de la gente impía  
que oprime mi país. ¡Desventurada!  
Los ojos vuelve en derredor, y mira; 310  
no hallarás sino mártires: los unos  
perciendo al rigor de las cuchillas  
del feroz sarraceno en las batallas:  
los otros en las cárceles agitan  
su pesada cadena; otros desnudos, 315

opresos de hambre y de miseria expiran.  
Todos te enseñan a sufrir: ¿qué importa  
que otras mujeres débiles o indignas  
se hayan rendido al musulmán halago?  
En medio del contagio debería 320  
mantenerse Hormesinda ilesa y pura,  
como a su hermano el universo mira,  
cuando el estado se desquicia y cae,  
impertérrito y firme entre sus ruinas.

HORMESINDA Pues bien: tú ves mi error y le detestas; 325  
yo también le detesto, y a mí misma.  
He aquí mi seno, hiere, y en un punto  
acaba con tu afrenta y con mi vida.

PELAYO (Después de una corta pausa.)

¿Tienes valor?, ¿eres mi sangre? Aún tiempo  
es de enmendar tu ofensa: esas vecinas 330  
montañas van a ser el fuerte asilo  
de los cristianos que a vivir aspiran  
libres de la opresión. Deja a ese moro  
que con su infame seducción fascina  
tu corazón; y atrévete a seguirme 335  
a donde lejos del oprobio vivas.

¿No respondes?

HORMESINDA Pelayo, es doloroso,  
sin duda, aqueste lazo que abominas;  
mas ya la suerte le estrechó, y...

PELAYO Acaba.

HORMESINDA El deber no consiente que te siga. 340

PELAYO ¡El deber!, el amor.

HORMESINDA Yo llamo al Cielo  
en testimonio...

PELAYO Calla, y no su ira  
despiertes contra ti.

HORMESINDA Sí, yo le llamo,  
él ve mi corazón y tu injusticia.

PELAYO Él ve triunfar tu abominable llama 345  
de tu sangre y su ley. ¡Pues qué! ¿No miras  
que no es tuyo su Dios?

HORMESINDA Yo ofrecí al mío  
vivir siempre con él.

PELAYO ¡Promesa impía!

HORMESINDA Yo la dije, él la oyó; mi pecho nunca  
la negará.

PELAYO ¡Qué horror!

VEREMUNDO (A PELAYO.) Tu ardor mitiga, 350  
y acuérdate que la infeliz España  
de ti su bien y su esperanza fía.

Huyamos de la vista del tirano.  
PELAYO Adiós, mujer sacrílega: acaricia  
al insolente moro a quien adoras: 355  
conságrale tu abominable vida:  
será por poco: escucha, los valientes  
se van a armar y a alzar; la tiranía  
contrastada va a ser; y si vencemos,  
fuerza será que al ver a la justicia 360  
alzar su brazo inexorable, tiemble  
la prevaricación. Tú de ti misma  
quéjate entonces, si el horrendo crimen  
en el estrago universal expías. (Sale con VEREMUNDO.)  
HORMESINDA ¡Bárbaro!, mi suplicio está aquí dentro: 365  
no es posible mayor para Hormesinda.

Acto tercero

La escena es la misma que en el acto primero.

Escena I

LEANDRO y VEREMUNDO.

LEANDRO Resucito está, señor: aquí debemos  
perecer o triunfar: Pelayo intenta  
que el mismo sitio que miró el agravio,  
también presente a la venganza sea.  
VEREMUNDO ¡Oh qué temeridad!, él, hijo mío, 5  
incauto al precipicio se despeña;  
qué rara vez corona la fortuna  
lo que el furor frenético aconseja.  
El suyo le arrebató: aún me estremezco  
de las amargas y terribles quejas 10  
con que acusó a Hormesinda; al fin salimos  
del peligroso alcázar; y su pena,  
sumida en un silencio formidable,  
cuanto menos patente era más fiera.  
Te vio, y al punto te arrastró consigo: 15  
dónde, no sé: pero quizá ya os cercan  
tantos riesgos...  
LEANDRO Mayor que todos ellos  
el alma de Pelayo los desprecia:

En esta misma noche, en este sitio  
a los patricios de Gijón espera, 20  
y enardecer sus ánimos confía  
a que le sigan en su heroica empresa.

VEREMUNDO ¿Y vendrán?

LEANDRO No dudéis: los más valientes  
lo prometieron. Teudis y Fruela,  
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso: 25  
Alfonso que dejaba estas riberas,  
y ya no parte: todos deseaban  
de Pelayo saber: todos esperan  
que ha de ser a su vista en esta noche  
la suerte de Pelayo manifiesta. 30  
La hora se acerca en fin: y por ventura  
el momento feliz también se acerca  
de empezar otra lid más peligrosa,  
pero de más honor que la primera.  
Tras de tantas fatigas y combates 35  
Rendir el cuello a la servil cadena  
fuera insufrible mengua, y no es posible  
que nuestro corazón consienta en ella.  
Mas ya llegan aquí.

Escena II

ALFONSO, varios nobles de Gijón y DICHOS.

ALFONSO De ti dolidos  
los Cielos, Veremundo, te conservan 40  
a tu amado Leandro, y no consienten  
que en tan amarga soledad padezcas.  
Todos gozando en la ventura tuya  
el parabién te dan.

VEREMUNDO ¡Cuál lisonjea  
ese tierno interés mi anciano pecho! 45  
Él os lo paga en gratitud eterna,  
nobles astures: y pluguiese al Cielo  
que este bien que su mano me dispensa,  
a todos los cristianos se extendiese.  
Sentaos (se sientan todos): el celo hermoso que os alienta 50  
me alcanza a mí, y al contemplarlo, hierva  
la sangre que la edad heló en mis venas.  
¡Oh! ¡Si de aquesta vez consejos dignos  
de ventura y honor de aquí salieran!  
Mas no es posible: el mal que nos agobia 55

vence a un tiempo al valor y a la prudencia.  
ALFONSO ¿Y por qué desmayar? ¿No es un anuncio  
ya de ventura la imprevista vuelta  
de ese joven? Mis ojos se complacen  
en ver un hombre al fin, donde antes vieran 60  
sólo viles esclavos..., oh Leandro,  
tú que a su lado en las batallas fieras  
con generoso esfuerzo combatiste;  
responde, da este alivio a mi impaciencia:  
¿Vive Pelayo?

### Escena III

PELAYO (entra al tiempo de decir ALFONSO las últimas palabras) y DICHOS.

PELAYO Vive, si es que vida 65  
mi existencia fatal llamarse deba  
de infortunios sin término acosada,  
y hoy entregada a intolerable afrenta,  
Pelayo soy, el hijo de Favila,  
el que por tanto tiempo en la defensa 70  
del estado sudó, cuyos trabajos  
por toda España su renombre llevan.  
Soy el que siempre independiente, libre  
de entre la ruina universal ostenta  
exento el cuello de los hierros torpes 75  
que sobre el resto de los godos pesan.  
¿Qué me sirven empero estos blasones  
cuyo bello esplendor me envaneciera,  
si ajados ya, por tierra derribados,  
¡oh indignación!, un árabe los huella, 80  
y Hormesinda los vende?... ¡oh Gijoneses!  
Disculpad estas lágrimas que riegan  
mi rostro enrojecido: en mengua tanta,  
¿qué mucho al fin que el pundonor las vierta?  
Venganza os pido, y por venganza anhelo: 85  
si de vos por ventura alguno tiembla,  
que en semejante infamia sumergida  
su hija, su hermana, o su consorte sea;  
el que en sí oyere del honor el grito  
como en mi pecho destrozado truena; 90  
ese me siga a castigar mi injuria,  
y así la suya con valor prevenga.  
ALFONSO (Se levanta, y corre a PELAYO: los demás también se levantan.)  
Sí, yo te seguiré: deja, Pelayo,

que a tu diestra valiente una mi diestra,  
que me alboroce viéndote, y contigo 95  
al moro juré inacabable guerra.  
Alfonso de Cantabria te saluda,  
y los buenos con él, que en tu presencia  
ven renacer las dulces esperanzas,  
que ya en tu aciago fin lloraban muertas. 100  
No solamente a castigar tu injuria  
te seguiré, sino a vengar con ella  
la patria que reclama nuestros brazos,  
y de tanto abandono se querella.  
Será su primer víctima Munuza. 105

PELAYO ¡Oh ardimiento feliz! Yo bendijera  
mis propios males, si ocasión dichosa  
de que la patria respirase fueran. (Vuélvense a sentar; y PELAYO se coloca entre  
VEREMUNDO y LEANDRO.)

Bien lo sabéis: mis débiles esfuerzos  
osaron contrastar en su carrera 110  
al feroz Musulmán; y contrastando  
a los reveses mi valor, espera  
que el árbol encorvado en la borrasca  
sus ramas levantando ya dispersas,  
se enderece más bello y más frondoso, 115  
y con su sombra a defendernos vuelva.

UNO DE LOS NOBLES Si el peligro arrostrando denodados,  
y pereciendo en él se consiguiera  
el magnánimo fin; mi vida entonces  
al altar de la patria por ofrenda 120  
la primera a inmolarse correría:  
mas la fuerza se abate con la fuerza.  
Volved la vista atrás: mirad la plaga  
que levanta en la Arabia un vil profeta,  
la Asia y la Libia devastar, y al cabo 125  
en la Europa caer: a su violencia  
arrolladas las huestes españolas  
el gótico poder cayó con ellas,  
y sobre él orgulloso el agareno  
de mar a mar tremola sus banderas. 130

El español atónito en su estrago,  
y ya domesticado en su cadena,  
ni de su daño y su baldón se irrita,  
ni a los clamores del valor despierta.

PELAYO ¿Qué es pues el hombre?, ¡oh Cielos! A su audacia 135  
se ven ceder las indomables fieras,  
los montes rinden su orgullosa cima,  
la explosión del volcán aún no le aterra;  
¡y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos



vendrán y exclamarán: «¿Por qué se sienta 140  
sobre nuestra cerviz desventurada  
del ajeno temor la injusta pena?

¿Somos quizá los que en Jerez huyeron?

¿O los que abandonando la defensa  
de la patria, labraron con sus manos 145  
este yugo cruel que nos sujeta?»

Así España hablará contra nosotros,  
recordando ¡oh dolor!, que a tanta afrenta,  
a una opresión tan mísera pudimos  
añadir el baldón de merecerla. 150

ALFONSO ¡Perezca aquel que sobre sí le llame!

El pueblo me decís duerme y se entrega  
a los serviles hierros que le oprimen;  
¿quién sabe si esa mar ahora serena  
el soplo de los vientos sólo aguarda 155  
para tronar y amenazar soberbia?

VEREMUNDO No así tan presto en la esperanza fíe

vuestro arrojado ardor. Y si se niega  
a seguir vuestros pasos la fortuna,  
si sois vencidos en tan ardua empresa; 160

¿quién guarecer a la infeliz España  
podrá de la venganza, que violenta  
en luto y sangre cubrirá al momento  
las débiles reliquias que conserva?

PELAYO Es justa nuestra causa, el alto Cielo 165  
la dará su favor.

VEREMUNDO También lo era  
cuando en Jerez lidiábamos.

PELAYO No, amigos,

no lo fue, yo es lo juro, por la inmensa  
pérdida que los godos allí hicieron;  
aún indignado el corazón se acuerda 170  
que la molicie, el crimen nos mandaban.  
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,  
de oro la frente orlada, y más dispuesto  
al triunfo y al festín que a la pelea,  
el sucesor indigno de Alarico 175  
llevó tras sí la maldición eterna.

¡Ah! yo lo vi: la lid por siete días  
duró, mas no fue lid, fue una sangrienta  
carnicería, huyeron los cobardes,  
los traidores vendieron sus banderas, 180  
los fuertes, los leales perecieron.  
No lo dudéis, los vicios, la insolencia  
de Witiza y Rodrigo a Dios cansaron;  
y ya la copa de su enojo llena,

abrió la mano, y la vertió en los godos 185  
que tan torpes escándalos sufrieran.  
VEREMUNDO Cedamos pues; cedamos al decreto,  
que a afán y a servidumbre nos condena.  
Cuando menos debiéramos, sufrimos;  
¿y habremos de escuchar nuestra impaciencia 190  
al tiempo que oprimidos y dispersos,  
sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran  
las puertas hacia el bien? Dios nos castiga,  
humillemos la frente a su sentencia.  
PELAYO Quizá en tantas desgracias ya cumplida, 195  
oh españoles, está. Ved la halagüeña  
ocasión que nos muestra la fortuna;  
ella moviendo su voluble rueda  
nos manda la osadía. Ved al moro,  
ansiando en su ambición toda la tierra, 200  
salvar los montes, inundar las Galias,  
que al carro de su triunfo atar desea.  
Allá se precipitan sus guerreros:  
y a España en tanto abandonada dejan  
a los que ya de combatir cansados 205  
al ocio muelle, y al placer se entregan.  
Llena, Gijón de fieles fugitivos,  
llenas también las convecinas sierras,  
brazos y asilo a un tiempo nos ofrecen,  
y acaso culpan la tardanza nuestra. 210  
¡Demos pues la señal!: ¡oh cuántos pueblos  
nos seguirán después! Mas si se niegan  
a tan bella ocasión... Sirva en buen hora,  
y la frente cobarde al yugo tienda  
el débil y estragado mediodía: 215  
hijos, vosotros, de estas asperezas,  
a arrostrar y vencer acostumbrados  
de la tierra y los Cielos la inclemencia,  
temblaréis? ¿Cederéis? No. Nuestros brazos  
alcen de los escombros que nos cercan 220  
otro estado, otra patria, y otra España  
más grande y más feliz que la primera.  
EL NOBLE ¡Joven sublime!, tú el camino hermoso  
de la virtud y gloria nos presentas.  
Tu ardimiento a imitarte nos anima. 225  
ALFONSO Sigámosle, españoles; mas es fuerza  
si se ha de conseguir tan arduo intento,  
que uno mande, los otros obedezcan.  
Rodrigo pereció, y el cetro godo,  
vilmente roto en su insolente diestra, 230  
clama imperiosamente que otras manos

en su primer honor le restablezcan.  
Nosotros que aspiramos a esta gloria,  
aquí debemos, a la usanza nuestra,  
el caudillo elegir que nos conduzca, 235  
el Rey alzar que nuestro apoyo sea.  
Mi voz nombra a Pelayo.

PELAYO Gijoneses,

No abriguéis tal error: ¡con qué vergüenza  
se afligiera la sombra de Ataulfo,  
descansar viendo su Real diadema 240  
sobre una frente que el rubor humilla!  
Buscad otra más digna en que ponerla,  
ilustres campeones.

ALFONSO No así injurios

a tu espléndido nombre, a tus proezas,  
al celo de los buenos que te admiran: 245  
¿degradarte? Jamás. ¡Ah!, no lo creas,  
no es dado a una mujer frívola y débil  
manchar la gloria, y trasladar su afrenta  
a aquel que sin cesar sus pasos guía  
del honor y virtud por la ardua senda. 250  
Ese escándalo torpe que te ofende,  
en lugar de apocarte, te engrandezca,  
al terrible castigo y la venganza.  
El pueblo adora en ti, la patria espera:  
¿podrás dudar?... Valientes asturianos, 255  
respondedme: ¿quién es, dónde se encuentra  
el que con más ardor se ha ennoblecido  
en esta grande y desigual contienda?  
¿Quién de tantas desgracias a despecho  
nunca desesperó? ¿Quién nos alienta, 260  
y en nombre de la patria nos inflama?

LOS NOBLES Pelayo.

ALFONSO ¿Quién pues ser nuestra cabeza  
mas bien merece, y fundador ilustre  
del nuevo estado que a rayar comienza?

LOS NOBLES Pelayo.

ALFONSO El nuestro general, nuestro monarca 265  
debe ser, ciudadanos.

LOS NOBLES Él lo sea.

(A esta aclamación todos se levantan: uno de LOS NOBLES coge un escudo, y  
acompañado de ALFONSO se acerca a PELAYO en actitud reverente.)

¿Oyes el voto universal? Ahora  
vil deserción en resistencia fuera;  
no es el trono opulento de Rodrigo  
cercado de delicias y riquezas, 270

sumergido en el ocio y la molicie,  
el que a ti los cristianos te presentan.  
Las fatigas, la muerte, las batallas,  
tu débil solio sin cesar asedian,  
mas la gloria y la patria al mismo tiempo 275  
a par de ti se acercarán con ellas.  
Tus vasallos son pocos, mas leales,  
todos por mí te ofrecen su obediencia.  
EL NOBLE He aquí el escudo, emblema del esfuerzo  
con que debes velar en su defensa. 280  
Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora  
yo te llamo mi Rey: y a tus excelsas  
virtudes, y a tu gloria el homenaje  
rindo, que un tiempo les dará la cierta.  
¡Plegue a Dios que la nueva monarquía 285  
que hoy por un punto tan estrecho empieza,  
abarque toda España; y que tu espada  
centro del mundo con el tiempo sea!  
PELAYO (Poniendo la mano sobre el escudo.)  
Pues yo ofrezco a mi vez, ínclitos godos,  
ser en la dura lid que nos espera 290  
siempre el primero, y siempre conduciros  
donde las palmas del honor se elevan.  
Respeto eterno a la justicia juro:  
si en algún tiempo lo olvidare, puedan  
verter en mí su indignación los Cielos 295  
con más rigor que el que en Rodrigo emplean.  
Deshecho entonces mi poder...

#### Escena IV

Un GIJONÉS y DICHOS.

EL GIJONÉS

Cristianos,

volved la vista a la desgracia nueva  
que asalta a nuestra patria: ya Munuza,  
su indigna atrocidad descubre entera. 300  
La indulgencia y piedad que antes mostraba  
a nuestra desventura, a nuestras penas,  
fingidas fueron, cebo pernicioso  
de su vil seducción: la ley perversa  
de ser esclavo, o musulmán, el godo 305  
se publica mañana.

ALFONSO

¡Oh!, ¡si pudiera

mañana ser el venturoso día

de oprimirle!

EL GIJONÉS Sabed que ahora se observa  
un repentino y grande movimiento  
en su alcázar, las armas centellean, 310  
y la guardia se dobla: un mensajero  
de Mérida enviado es quien altera  
el tranquilo silencio de la noche.

LEANDRO Prevengámosle, godos: que perezca  
el tirano mañana a nuestras manos. 315

VEREMUNDO ¿Y no teméis la muchedumbre fiera  
de sus soldados? Dilatadlo os ruego:  
bastantes aún no sois, haced que vengan  
a unirse con vosotros los cristianos  
que esconden fugitivos esas sierras. 320

PELAYO O mañana, o jamás. ¿Queréis acaso  
vuestra fortuna abandonar expuesta  
a la cobarde sugestión del miedo,  
de la perfidia a la alevosa lengua?

Mañana, cuando el bárbaro en la plaza 325  
haciendo ostentación de su insolencia  
diere esa ley fanática, y el pueblo  
hervir de oculta cólera se sienta;  
entonces todos levantando a un tiempo  
el fiero grito de improvista guerra, 330  
y proclamando en él la fe, la patria,  
los fieles concitad a defenderlas.

ALFONSO Al ardor que en mí siento, a la esperanza  
que en este instante el corazón me alienta,  
no hay que dudar, vencemos, ¡oh cristianos! 335  
Traidor se llame y maldecido muera  
el que sin la victoria o sin la muerte  
su brazo aparte de tan santa empresa.  
Sobre este acero al Dios que nos escucha,  
o vencer o morir juro.

LEANDRO (Asiendo la mano de ALFONSO.) En tu diestra 340  
lo juro yo también.

UN NOBLE (Acercándose a ellos, y haciendo ademán de asir su mano.)  
Y yo.

OTRO NOBLE

(Todos hacen el mismo ademán que ALFONSO en actitud de jurar por su espada.)

No hay nadie

que ansioso no lo jure.

PELAYO ¡Oh providencia!

Sí, que mañana al acabarse el día,  
o vencer o morir el sol nos vea.

Acto cuarto

La escena es la misma que en el acto segundo.

Escena I

PELAYO, LEANDRO, AUDALLA, guardias.

AUDALLA Soldados, despejad: guardad las puertas,  
y que ningún cristiano en este alcázar  
consiga penetrar: vos (a los cristianos) aquí en tanto  
aguardad vuestra suerte. Vase.

Escena II

PELAYO, y LEANDRO

LEANDRO (Después de una pequeña pausa.) ¡Oh noche infausta!

¡De eterna execración merecedora! 5

Así el Cielo derriba la esperanza  
del hombre y sus intentos... ¡Oh Pelayo!

La fortuna por fin no nos separa,  
y el consuelo aunque amargo nos permite  
de lastimarnos juntos... Mas tú callas, 10

y sumergido en tu profunda pena  
no atiendes a las lúgubres palabras,  
que a ti dirige tu afligido amigo.

¿Acaso en trance tal tu grande alma  
a tantos males superior un tiempo 15  
se siente desmayar? La muerte armada

de horror se nos presenta; es doloroso  
perecer sin defensa y sin venganza.

Pero así acabarán nuestras fatigas:  
el Cielo no ha querido coronarlas 20  
en la tierra.

PELAYO ¡Infeliz!, ¿por qué he nacido  
en edad tan funesta y estragada,  
sorda al honor, y muerta a la fortuna,  
dada a la servidumbre, y a la infamia?

¡Valiera más no ser!

LEANDRO

Tu noble aliento 25

te abandona sin duda: aunque cerrada  
a nuestra salvación la senda mires,  
no así también su salvación la patria  
llorará muerta. El Cielo otros valientes  
sabrán excitar, Pelayo, a liberarla, 30  
a quienes acompañe mejor suerte.  
Nuestros amigos...

PELAYO

¡Esperanza vana!

Ya quizá las mazmorras los esconden,  
o el brazo de la muerte los acaba.  
No: la infame, la horrenda alevosía 35  
que a nuestra perdición nos arrebató,  
ningún camino a la salud presenta.  
Tú lo quieres así, Dios de venganza,  
tú lo decides; y en tu mente augusta  
con colores de fuego están pintadas 40  
las culpas de Witiza y de Rodrigo,  
sin que ya nuestra fe baste a borrarlas.  
Tú haces triunfar al moro: tú abandonas  
ya para siempre a la infeliz España  
a la superstición abominable 45  
con que tu nombre el árabe profana.  
Vendrá, sí, vendrá un día en que te vuelvas  
hacia aquesta región esclavizada,  
y al contemplar el espantoso estrago  
con que te plugo un tiempo castigarla, 50  
tus ojos de ella con dolor se aparten,  
y llores los efectos de tu saña.  
Tú lo ordenaste; cúmplase. Mas dime,  
dime, señor, ¿qué culpa tan infausta  
me hace el más infeliz?, ¿por qué en perderme 55  
miro mi propia sangre encarnizada?

LEANDRO ¡Cómo!, ¿qué nueva especie de sospecha,  
qué agitación, Pelayo?...

PELAYO

¡Ah!, tú no alcanzas

la mortífera angustia que me ahoga,  
las furias que mi pecho despedazan. 60  
Esa infame mujer a quien mi labio  
no puede sin horror nombrar hermana;  
esa mujer frenética nos vende.  
Yo en medio de mis iras y amenazas  
la descubrí que los valientes iban 65  
a armar, a alzarse, y restaurar la patria.  
Y ella es sin duda, ¿lo creyeras?, ella  
es la que parricida y sanguinaria

a su bárbaro amante nos entrega.  
LEANDRO No, Pelayo: ¡qué error!, ¿a tal infamia 70  
su pasión llegará?... ¿Pero qué importa  
cuando la muerte su segur levanta,  
la senda que a sus filos nos conduce?  
Amigo, el bueno en su virtud descansa,  
y lo demás desprecia.

PELAYO ¡Siempre, siempre 75  
la vil traición en pérfida asechanza  
contrastando al valor! Ella en los campos  
nos perdió de Jerez; ella fue causa  
de que Toledo y Mérida cayesen;  
ella al poder del moro nos arrastra. 80  
¿Escrito pues está, que cuando nace  
un pecho generoso, al punto nazcan  
otros mil que cobardes o traidores  
a la ignominia encorven la garganta?  
Así la iniquidad triunfa, así mueren 85  
de la virtud las bellas esperanzas.  
¡Miserables humanos!

Escena III

HORMESINDA y DICHOS.

PELAYO ¿Mas qué veo?  
¡Gran Dios!, ¿no es ella?, ¡qué suplicio! (Se cubre los ojos por no verla.)

HORMESINDA (Por no verla.) ¡Tanta  
es la aversión que esta infeliz inspira,  
que ni aun vuelves los ojos a mirarla! 90  
¡Pelayo!... ¿No respondes?

PELAYO ¿Por ventura  
vienes, infame, a contemplar las ansias,  
a ver la humillación en que pusiste  
a este hermano que un tiempo tanto amabas?  
Desnúdate ese traje que te acusa, 95  
viste las tocas moras, vuelve, y sacia  
tu loco frenesí con el estrago  
de mi muerte cruel, y luego marcha  
a presentar mi sangre a la Mezquita  
en holocausto atroz.

HORMESINDA ¡Bárbaro!, calla, 100  
mi culpa no merece ese castigo,  
ni a tal extremo de furor se iguala.  
¡Tú que ves mi flaqueza y la condenas,



eterno Dios!, tú sabes si en mi alma  
un momento jamás fue desoído 105  
el amor fraternal... Pelayo, agravia  
cuanto quieras mi fe: nombres atroces  
busca, y aflige a tu angustiada hermana,  
cuando la vida y libertad te trae.  
LEANDRO ¡Con que por ti la cristiandad lograra 110  
tanta fortuna!

HORMESINDA (A LEANDRO.) La fatal noticia  
por el emir de Mérida enviada  
de ser falsa su muerte, y que sus pasos  
hacia Asturias oculto encaminaba,  
llegó a Munuza; al punto sospechando 115  
en uno de los dos, manda a sus guardias  
que a la mansión de Veremundo vuelen,  
y del palacio al torreón os traigan.  
Tu ardor, Pelayo, descubrió quién eras:  
vanamente a sus pies arrodillada 120  
aplacarle intenté: que el inflexible  
con desdeñosa voz mi amor ultraja,  
y al fin responde, que los jefes todos  
de ti decidirán. Yo desolada,  
busco otro medio, y prodigando el oro 125  
por los soldados árabes que os guardan  
os vengo a redimir: con presta fuga  
burlar podéis la suerte que os amaga.  
¡Mas cuán vano cuidado!, el inclemente  
no vuelve a mí la vista, ni se agrada 130  
de aceptar mi favor: ¡es pues tan grande  
mi culpa, justo Dios!

PELAYO Ves, desgraciada:  
¿Contemplas lo que hiciste? Tu flaqueza  
ha alzado entre los dos una muralla  
que ni la voz de la piedad penetra, 135  
ni los esfuerzos de la sangre allanan.  
¿Quién pensara jamás que hubiese un día  
en que a Pelayo a avergonzar llegara  
tu piedad misma?

HORMESINDA Indígnate, no importa,  
contra mi amor desventurado, exhala 140  
tu horror y tu vergüenza; yo bendigo  
veces mil este amor, pues él te salva.  
No por ser mía, la ocasión desprecies:  
huye, Pelayo, vuela sin tardanza,  
guárdate a mejor suerte... Pero al menos 145  
concederás a tu infeliz hermana  
un solo don?

PELAYO                                    ¿Cuál es?  
HORMESINDA                                    Que oigas el grito  
de la naturaleza, que reclama  
por mi clemencia, y digas, soy tu hermano,  
no te aborrezco.

LEANDRO                                    Sus piadosas ansias 150  
lo merecen, Pelayo: no inflexible  
el Cielo siempre, la flaqueza humana  
castiga airado; si el error le ofende,  
el arrepentimiento le desarma.  
Vénzate su dolor.

PELAYO                                    Inexorable 155  
no penséis que yo soy; en mis entrañas,  
en medio de los gritos del enojo,  
Aún la voz de la sangre es escuchada.  
Ven, delicia y oprobio de Pelayo, (corre hacia él, y se abrazan)  
ven; recibe estas lágrimas amargas, 160  
que de mis ojos encendidos brotan,  
y a confundirse con las tuyas bajan.  
¡Oh! ¡Si la mancha de tu error lavasen!  
Mas no es posible, no..., por fin mi alma  
no te aborrece: ¡el Cielo te perdone 165  
como yo te perdono!

HORMESINDA                                    ¡Oh afortunada  
hora en que al fin mi lastimado pecho  
de incertidumbre tan cruel descansa!  
¡Que en fin cobro un hermano!

PELAYO                                    Yo soy solo,  
yo, quien debe dudar si hora le abraza 170  
su hermana o su enemiga. ¡Dios clemente!  
¡Oh!, ¡no permitas que la flor de España  
víctima triste de un error se vea  
al antojo de un bárbaro pisada!  
Pero no se verá: y el grande aliento (desprendiéndose arrebatadamente de  
HORMESINDA) 175  
que en este punto el corazón me inflama,  
anuncia que ya el tiempo de su triunfo  
a ese arrogante musulmán se acaba:  
volempos pues, Leandro.

Escena IV

MUNUZA, AUDALLA, ISMAEL, guardias y DICHOS.

MUNUZA                                    ¡Aquí Hormesinda!

¿Acaso también ella se declara 180  
contra el amante que eligió su pecho,  
y a quien ayer su lealtad juraba?

PELAYO Si el suplicio está pronto, allá me envía:

líbrame del horror de esas palabras,  
que al salir de tu boca aborrecible, 185  
más fieras que la muerte me desgarran,  
suelta el freno a tu cólera impaciente:  
iguálanos en el morir: ¿qué tardas?

Yo te aborrezco, y te persigo; y ella...

¿Cuál delito es mayor?, ella te ama. 190

HORMESINDA (Interponiéndose en medio.)

¡Cesa, cesa, cruel!, divinos Cielos,  
¿y haréis que a completar mi suerte infausta  
de mi esposo al furor mi hermano espere?

¿A quién irán primero mis plegarias,  
a quién persuadirán que de su pecho 195  
despida esa altivez, esa arrogancia,

que al uno lleva a perdición segura,  
y a abusar de su fuerza al otro arrastra?

Si mis suspiros débiles no os vencen,  
si este llanto que vierto no os ablanda, 200

saciad en mí los dos a un mismo tiempo  
esa sed de venganza que os abrasa.

Nadie es culpable aquí sino yo sola:  
yo a mi sangre falté, falté a mi patria,  
di mi mano y amor a un africano, 205  
que azote fue de la asolada España;

y a pesar de este amor luego conspiro  
en favor del contrario que le agravia.

Culpable esposa del feroz Munuza,  
y de Pelayo criminal hermana, 210

¿quién venga de una vez tantas perfidias,  
y de una vez mi desventura acaba?

¡Oh Munuza!, ese alfanje tan temido,  
ya enseñado a verter sangre cristiana,  
sabrás mejor mancharse con la mía: 215

siega al punto con él esta garganta,  
siégala; y presta a tu infeliz esposa  
en tan fiero rigor su última gracia.

MUNUZA ¿Y así a abusar te atreves, Hormesinda,  
del resto de indulgencia que en mí aún habla 220

de tu agravio a despecho? Hola, soldados,

Conducid a mi esposa hasta su estancia,

Y custodiadla allí.

(Una parte de los guardias rodea a HORMESINDA para llevarla: ella hace la pregunta al trasponer la escena.)

¿Mas de mi hermano  
qué ha de ser?, di; sépalo yo.  
MUNUZA Llevadla.

Escena V

MUNUZA, AUDALLA, PELAYO, LEANDRO, ISMAEL y guardias.

MUNUZA El duro estrecho en que te ves contempla; 225  
tu hora llegó, no tienes ya esperanza  
sino en mi compasión.

PELAYO Yo no la imploro.

MUNUZA Podrá empero salvarte, si declaras  
con qué designios a Gijón viniste,  
qué cómplices en ellos te acompañan. 230

PELAYO El odio que os juré me trajo a Asturias;  
son mis intentos libertar mi patria:  
todos los pechos fuertes y leales  
conmigo aspiran a tan grande hazaña.

MUNUZA ¿Quiénes son?, ¿dónde están?

PELAYO ¿Saberlo esperas? 235

MUNUZA Tu salvación, Pelayo, está cifrada  
en decirlo.

PELAYO En callarlo se aseguran  
mi honor y su defensa.

MUNUZA Y si mi saña,  
confundiendo inocentes y culpables,  
todo este pueblo en su violencia arrasa, 240  
¿qué valdrá entonces tu silencio?

PELAYO Entonces  
al horror de injusticia tan tirana  
la desesperación les dará aliento,  
y cumplirán acaso mi esperanza.

MUNUZA ¿Conque el estrago de Gijón decides? 245

PELAYO Yo decido su gloria: eternizada  
en mi infamia su infamia se vería;  
mas muriendo, un ejemplo de constancia  
la doy con que se salve.

MUNUZA En lugar mío  
ponte, cristiano, y dí, ¿qué pronunciaras 250  
sobre el destino de un rebelde?...

PELAYO Nunca  
me pongo yo en lugar de los que mandan  
la opresión, la ignominia, y la violencia.

MUNUZA Tú dictas, insensato, en tus palabras  
tu sentencia.

PELAYO Ejecútala.

MUNUZA Al instante, 255

esos cristianos al suplicio vayan;  
Ismael, y sus cómplices temblando  
contemplan el destino que se guarda  
a su temeridad.

(Los guardias rodean a los cristianos: PELAYO se vuelve a LEANDRO.)

PELAYO ¡Oh fiel amigo!

Nuestra carrera fatigosa acaba: 260  
que el valor la corone; el Cielo se abre,  
y la inmortalidad a sí nos llama. (Salen.)

Escena VI

MUNUZA y AUDALLA.

MUNUZA Anda, arrogante, a padecer la suerte  
a que tu ciego frenesí te arrastra.

AUDALLA Ahora sí que en ti encuentro aquel Munuza 265

cuyo nombre en los campos de la Arabia  
de labio en labio vuela, y en ti veo  
el firme musulmán que antes no hallaba.

Caiga Pelayo; y los cristianos giman  
al ver que aquesta víctima consagras 270  
a tu seguridad y a su escarmiento

MUNUZA ¡Un fugitivo mísero, a quien trata

de acoger mi piedad!..., ¿cuáles serían,  
si vencedor se viese, sus palabras,  
cuando vencido y humillado y preso 275

con tal fiereza el temerario hablaba?  
¡Que perezca como él quien le imitare!

AUDALLA Yo temí que las lágrimas, las ansias  
de Hormesinda presentes en tu pecho...

MUNUZA Quizá más de lo justo en él sonaban: 280

pero ya Audalla mi altivez antigua,  
contra tanta bondad clama indignada.

Conozco en mí su usado poderío;  
y siento que el amor anonadaba  
el noble ardor y las costumbres fieras 285  
que el África me dio.

Escena VII

ISMAEL y DICHOS.

ISMAEL Señor, alzada  
hierva toda Gijón los dos cautivos  
que ya al cuchillo la garganta daban,  
libres se ven por el furor del pueblo  
que al funesto suplicio los arranca. 290  
Clamando libertad los nobles fieros  
de la atroz sedición soplan la llama,  
la sangre corre, los cristianos triunfan...  
MUNUZA ¡Maldición sobre ti! Vamos, Audalla,  
a levantar el formidable azote 295  
contra esa muchedumbre vil y esclava.  
No habrá perdón: sus pálidas cabezas  
pirámides serán que den a España  
testimonio inmortal del gran castigo;  
y a las ondas del mar amedrentadas, 300  
bajando los arroyos de la sangre,  
anunciarán su estrago, y mi venganza.

Acto quinto

La escena en este acto es el atrio del alcázar de Munuza.

Escena I

HORMESINDA y ALVIDA. (HORMESINDA sale por las puertas del alcázar, y quiere salir al sitio de la pelea: ALVIDA la detiene.)

ALVIDA Vuelve en tu acuerdo, mísera: ¿a qué aspiras?  
Arde entretanto la mortal pelea  
allá en la plaza, y por ventura extiende  
su asoladora llama hacia estas puertas.  
Entra: ¿qué harás aquí? No así te espongas; 5  
huye, Hormesinda, del estrago.

HORMESINDA  
que en él me precipite: deja, Alvida,  
que corra en medio de las armas fieras;  
quizá esos corazones implacables  
con solo mi morir contentos sean. 10

Deja

Mi mal así se mostrará a mis ojos:  
que en esta incertidumbre tan funesta  
llega vago y confuso a mis oídos,  
y en mi mente aterrada se acrecienta.  
ALVIDA ¿Y así qué lograrás?, doblar tu riesgo, 15  
y aumentar su furor con tu presencia.  
¡Qué error pensar que el ominoso lazo  
con que te uniste a un moro olvidar pueda  
Pelayo, y que Munuza no te culpe  
del peligroso trance que le estrecha! 20  
Ya ni a la sangre ni al amor te fíes:  
cuando retumba el eco de la guerra,  
ellos exhalan sus endebles gritos,  
y escuchados no son. Naturaleza,  
al tiempo que los hombres se destrozan, 25  
a las mujeres tímidas ordena  
que entre dolor y lágrimas se oculten.  
HORMESINDA ¿Oyes?, el aire se estremece y suena  
con los desesperados alaridos  
que al estruendoso batallar se mezclan. 30  
¿Quién será el abatido, Dios eterno?  
¡Miserable! ¿Qué digo? ¿No va envuelta  
mi desastrada ruina en el estrago  
de Pelayo o Munuza? En dondequiera  
que se fije la mente, un hondo abismo 35  
de desventura y de dolor contempla;  
y a mí, y a este, y a aquel en sólo un día  
pierde mi amor... Mas Veremundo llega.

Escena II

VEREMUNDO y DICHOS.

HORMESINDA Señor, vos lo sabéis: ¿viven? ¿Cuál de ellos  
se rinde?... ¡Ah!, por piedad, que vuestra lengua 40  
nada me oculte, nada.

VEREMUNDO Yo, hija mía,  
¿qué te puedo anunciar? Desde la excelsa  
torre en que preso fui, donde arrastraban  
otros muchos cautivos sus cadenas,  
levantar vi un cadalso, y vi que mudos 45  
Al funesto espectáculo se acercan  
mil cristianos, dudosos, esperando  
a quién allí sacrificar se intenta.  
Entre guardias al fin los dos llegaron.

Cuando vuelto hacia el pueblo en voz tremenda 50

Leandro exclama: «¡indignos españoles!,  
y podréis consentir que así perezca  
vuestro libertador, vuestro monarca,  
Pelayo?» A este gran nombre, a su presencia  
que augusta y bella en majestad lucía, 55  
se agitan todos, y a escucharse empieza  
un ronco y sordo son cual de borrasca,  
cuando a irritarse el piélagos se apresta,  
y a alzar sus olas contra el Cielo: entonces  
los nobles con Alfonso, en su carrera 60  
arrollándolo todo, entran, y arrancan  
a los moros atónitos su presa.

La lid se traba, las espadas arden,  
crece la confusión, la muerte vuela,  
mientras que palpitando nuestros pechos 65  
entre el temor y la esperanza ondean,  
la torre asalta intrépido Leandro,  
y quebrantando las ferradas puertas,  
armó de acero los robustos brazos,  
que antes cargados de prisiones eran. 70

Todos a combatir se precipitan,  
y yo aunque débil por oculta senda  
he corrido en tu busca; que al instante,  
hija, tú fuiste mi atención primera.  
Vente conmigo: el corazón me dice 75  
que van a fenecer nuestras miserias,  
que vamos a ser libres. Hormesinda,  
vuélvete a la mansión de tu inocencia,  
deja este albergue odioso.

HORMESINDA  
¡Y yo sería  
tan cobarde y tan vil que así lo hiciera! 80

Aquí vivir en la fortuna quise;  
de aquí salir la adversidad me veda.  
VEREMUNDO ¿Y si vencen los nuestros?

HORMESINDA Si ellos vencen,

se acordarán que aquí de la fiereza  
del rigor de Munuza en otro tiempo 85  
su amparo fui, su asilo, y su defensa.  
Aquí, si el hado favorece al moro,  
a los pies de mi esposo en llanto envuelta  
los rayos detendré de su venganza,  
o lograré que me confunda en ella. 90

VEREMUNDO Pero pronto este sitio, este palacio  
campo va a ser de la fatal refriega;  
pronto arruinado o entregado al fuego  
acaso le verás... ¿Y tú no tiemblas



el atroz frenesí de los vencidos, 95  
o el ímpetu ya ciego del que venza?  
HORMESINDA Yo en lugar de temer amo el peligro,  
señor; si ingratos ellos me desechan,  
si ni este me conoce por esposa,  
ni por hermana aquel; naturaleza 100  
aún de esposa y de hermana el dulce afecto,  
para mayor tormento en mí conserva.  
Sé bien cuál es mi suerte; sé que el cielo  
a esta infelice señaló una senda  
de espinas erizada y de amarguras, 105  
que va a parar a perdición funesta.  
Mas toda, toda la andaré... Entre tanto  
abandonadme vos, no de mi estrella  
os alcance también para afligirme  
la terrible mortífera influencia. 110  
Dejadme ya.

VEREMUNDO                                ¡Qué obstinación! Alvida,  
cuida tú de tu amiga, mientras llegan  
los guerreros que prontos a mis voces  
volarán a asistirla y defenderla.            Vase.

Escena III

HORMESINDA y ALVIDA.

HORMESINDA ¿Tú en tal punto qué aguardas? Desampara 115  
a una desventurada ya dispuesta  
para el golpe mortal... ¡Dios poderoso,  
salva, salva a los dos! Si es una nueva  
ofensa aquesta súplica, descarga  
de tu enojo espantoso la violencia 120  
sobre mí sola... ¡Ay mísera! (Viendo a MUNUZA.)

Escena IV

DICHOS: MUNUZA herido y sin armas apoyado en ISMAEL: algunos moros le siguen.

MUNUZA                                ¡Cobardes!  
¿Por qué así me alejáis de la pelea?  
¿Qué me importa una vida ya sin gloria?  
ISMAEL El golpe al ver que os fulminó la diestra  
de Pelayo; al miraros sin sentido, 125



y entonces... ¿Di, por tan inmensos bienes  
como este desastrado amor me lleva, 170  
a ti qué resta por hacer?

HORMESINDA Salvarte.

Entra en esa mansión de tu grandeza,  
entra: a las plantas de Pelayo echada  
por ti yo rogaré; y es fuerza, es fuerza  
que respete tu vida, o que contigo 175  
perecer a Hormesinda se conceda.  
¡Oh!, no tardes, no tardes; el peligro  
se aumenta más y más. ¿Oyes cuál suena  
el nombre de Pelayo, y a los ecos  
Pelayo retumbar?

MUNUZA ¡Ah!, que no tiembla 180

Munuza de morir: le sobra aún vida  
para que sus contrarios se estremezcan.

HORMESINDA Pero tiembla por mí.

Escena V

AUDALLA (sale por las puertas del alcázar) y DICHOS.

AUDALLA No así, Munuza,  
en tal conflicto los momentos pierdas.

Aún es tuyo el alcázar: su recinto 185  
camino libre hasta la mar nos deja.

Huyamos por aquí; nuestros navíos  
te llevarán a salvo, a donde puedas  
con gente y armas revolver terrible.

MUNUZA ¡Y que huyendo esos pérfidos me vean! 190

AUDALLA A salvarte.

MUNUZA A morir.

AUDALLA A la venganza.

MUNUZA Sí, y horrible será: las torpes huellas  
yo de mi fuga borraré: sangrientos  
y palpitantes cubrirán la senda  
sus miembros por mi mano destrozados. 195

HORMESINDA ¡Munuza!

MUNUZA Quita allá: mujer funesta,  
de mi oprobio ocasión, yo te abandono;  
hermana de Pelayo a Dios te queda.

(MUNUZA, AUDALLA y los moros se entran en el alcázar: las puertas se cierran.)

Escena VI

HORMESINDA y ALVIDA.

HORMESINDA Sí, ingrato, quedo a proteger tu fuga:  
yo con mi llanto y voces lastimeras 200  
suspenderé del vencedor las iras,  
y tu amparo seré por más que hieras  
mi corazón.

ALVIDA Si la amistad, si el ruego  
contigo pueden, Hormesinda, enfrena  
delante de Pelayo esa ternura, 205  
esas amantes ansias que te ciegan.  
Ya se salva Munuza, esto te baste,  
y en tal momento al vencedor respeta.

Escena VII

VEREMUNDO y DICHOS.

VEREMUNDO Solo a ti vuelvo: mi cansada planta  
en vano apresuré, todos se alejan 210  
a seguir en su fuga al africano.

HORMESINDA ¿Y Pelayo, señor?

VEREMUNDO Pelayo cierra  
la salida hacia el mar: allí terrible  
gloriosa cima a su victoria apresta,  
inmolando a las aras de la patria 215  
en Munuza la víctima que espera.

HORMESINDA ¡Ah!, no será una sola. (Queriendo arrojarse fuera de la escena: los dos la contienen.)

ALVIDA ¡Desdichada!

VEREMUNDO Tú te olvidas de ti, ¿qué es lo que intentas?

HORMESINDA Soy mujer, soy esposa, soy amante.

VEREMUNDO ¡Ah!, que así al precipicio te despeñas. 220

HORMESINDA Dejadme pues volar adonde libre  
de tanto afán con perecer me vea.

(Se desprende de ellos, sale, y tras ella ALVIDA.)

Escena VIII

VEREMUNDO, y después ALFONSO.



que libra al godo, al africano aterra,  
y admira al mundo.

PELAYO                                      Bendecid, cristianos, 255  
del Dios de las batallas la asistencia:  
ella el triunfo me dio.

VEREMUNDO                                      ¡Mas ay! Pelayo,  
¿qué es de Hormesinda? Arrebatada y ciega  
salió volando a interponerse en medio  
de vosotros. ¿Llegó?

PELAYO                                      ¡Quién se atreviera 260  
a contener la furia impetuosa  
que allí llevó mi fulminante diestra!  
Ya Audalla y otros ciento lo intentaron;  
Audalla y otros ciento a mi violencia  
arrollados se vieron; y el tirano 265  
pasmado, estremecido, sin defensa  
presentó el pecho a la sedienta punta,  
que al instante a su muerte abrió la puerta.

VEREMUNDO ¿Qué será? ¡Oh Dios! Leandro hacia nosotros  
lleno el semblante de mortal tristeza 270  
se acerca.

Escena X

LEANDRO y DICHOS.

PELAYO                                      ¡Oh caro amigo!, mal convienen  
tal ademán, ni tan dolientes muestras,  
en un momento tan feliz.

LEANDRO                                      Pelayo,  
prevén tu heroico pecho y tu firmeza  
a los reveses de la suerte: el Cielo 275  
nos vende caro el triunfo: a ti te cuesta  
más que a ninguno: tu infeliz hermana...

PELAYO Quizá en llanto sacrílega deshecha  
se queja contra mí.

LEANDRO                                      No es tiempo ahora  
de enojo y de rencor: ya su flaqueza 280  
la lleva a perecer.

PELAYO                                      ¡Muere Hormesinda!  
¿Y quién fue el hombre atroz?

LEANDRO                                      ¡Ah!, no pretendas  
averiguarlo ya.

PELAYO                                      Dilo.

LEANDRO                                      Tú mismo.

PELAYO ¿Yo mismo? ¡Oh Dios!

LEANDRO Cuando tu furia ciega

los árabes y Audalla atropellaba 285  
que intentaron hacerte resistencia;  
Hormesinda por armas y soldados  
rompe también, y desalada llega,  
y en medio de los golpes que asestabas  
contra el tropel de bárbaros, se encuentra 290  
fijos tus ojos en Munuza entonces,  
centellando de saña, conocerla  
ya no pudiste, y por tu misma mano  
el Cielo quiso castigar tu afrenta.

PELAYO ¡Bárbaro yo!, ¡qué escucho!

LEANDRO Moribunda 295

viene a exhalar la vida en tu presencia.

## Escena XI

DICHOS, HORMESINDA moribunda sostenida por ALVIDA.

PELAYO (Corriendo a HORMESINDA.)

¡Hormesinda! ¡Hormesinda! Abre tu pecho  
a mi llanto, a mi amor.

HORMESINDA ¡Oh cuál penetra

esa voz cariñosa en mis oídos!  
Cómo el rigor de mi agonía templó. 300

¡Pelayo!

PELAYO ¡Desdichada! ¡Y aun procuras

la mano asir que a perecer te lleva!

HORMESINDA Dios la guió: yo muero: tú de España

vive a ser defensor..., venciste, reina...

¡Oh!, ¡si yo sola víctima!..., la muerte 305

me niega verte ya..., Pelayo, estrecha

entre tus brazos a tu hermana... (Hace un esfuerzo para abrazar a PELAYO, y queda  
muerta en sus brazos y en los de ALVIDA.)

PELAYO ¡Oh Cielo!

¿Está ya tu justicia satisfecha?

Españoles, con sangre de Pelayo  
manchada está la cuna que sustenta 310

vuestra naciente libertad, con sangre

de esos feroces bárbaros es fuerza

lavarla: no haya paz, no haya reposo:

siglos y siglos duren las contiendas.

Viendo estáis mi dolor, mi amargo luto; 315

pues bien, yo os lo consagro en noble ofrenda:

recibido; y la patria desde ahora  
mi solo amor, y mi familia sea.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el  
siguiente [enlace](#).

